



Revista Conflicto Social - Año 10 N° 17 - Enero a Junio de 2017

Pensar la revolución bolchevique, a cien años.

Think of the Bolshevik Revolution, one hundred years.

Flabián Nievas *

*Recibido: 13 de abril de 2017
Aceptado: 15 de mayo de 2017*

Resumen: Este artículo consta de dos partes. En la primera se cuestiona la asimilación del criterio cronológico a la de desarrollo social, analizando los principales factores que operan en la disociación de los mismos, en particular el desaprendizaje. En la segunda parte abordo algunos parámetros para pensar la posibilidad de una revolución social en el presente siglo, especialmente aquellos que se imponen como datos “duros”: población y recursos, aunque sin dejar de advertir que lo potencial no es lo que necesariamente deba ocurrir. Finalmente se presentan las dos posibilidades de una bifurcación.

Palabras clave: Revolución, Socialismo, Lenin, Recursos, Democracia.

Abstract: This article contains two parts. In the first one, the assimilation of the chronological criterion to that of social development is questioned, analyzing the main factors that operate in the dissociation of the same, in particular unlearning. In the second part, I discuss some parameters for thinking about the possibility of a social revolution in the present century, especially those that are imposed as "hard" data: population and resources, but knowing that the potential not necessarily should occur. Finally the two possibilities of a bifurcation are presented.

Keywords: Revolution, Socialism, Lenin, Resources, Democracy.

* Universidad de Buenos Aires. Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Argentina.
Correo electrónico: flabian.nievas@gmail.com



Introducción

Estamos a un siglo de la revolución bolchevique. Sobre eso no parece haber dudas. La pregunta que podríamos hacernos es si estamos cien antes o después de la misma. El calendario indica claramente que estamos cien años después. Pero, si no asumimos que la progresividad temporal indica necesariamente una evolución en sentido positivo, tal como subyace en la ideología del progreso (que identifica lo último con lo superior, lo más avanzado), si nos despojamos de la pedestre idea de que lo último es forzosamente lo nuevo; es decir, si nos apartamos de la simpleza del sentido común, entonces estamos habilitados a preguntarnos si estamos, considerando el desarrollo de las potencialidades humanas para el conjunto de la especie, un siglo por delante o un siglo por detrás del proceso iniciado en octubre de 1917.

Planteado en otros términos, la especie humana ¿se ha enriquecido o se ha empobrecido desde entonces? En la concepción de Marx, indudablemente no se ha enriquecido.¹ En 1917 los explotados, los miserables del mundo, contaban con una esperanza, con una teoría, con un plan, con una organización. En 2017 los explotados, los miserables del mundo, ya no tienen utopías, desconocen la teoría, carecen de cualquier plan, y mucho más de organización. Este retroceso no representa una singularidad histórica; son fácilmente ubicables situaciones en las que la progresión de calendario no indica desarrollo sino involución social. La caída del Imperio romano supuso un repliegue de la civilización europea: lo inmediatamente posterior no significó un avance de las condiciones civilizatorias (entendiendo por tales, las que

¹ Marx se preguntaba, "(...) si se despoja a la riqueza de su limitada forma burguesa, ¿qué es la riqueza sino la universalidad de las necesidades, capacidades, goces, fuerzas productivas, etc., de los individuos, creadas en el intercambio universal? ¿[Qué, sino] el desarrollo pleno del dominio humano sobre las fuerzas naturales, tanto sobre las de la así llamada naturaleza como sobre su propia naturaleza? ¿[Qué, sino] la elaboración absoluta de sus disposiciones creadoras sin otro presupuesto que el desarrollo histórico previo, que convierte en objetivo a esta plenitud total del desarrollo, es decir al desarrollo de todas las fuerzas humanas en cuanto tales, no mediadas con un patrón *preestablecido*? ¿[Qué, sino una elaboración como resultado de] la cual el hombre no se produce en su carácter determinado sino que produce su plenitud total?" Marx, Karl; *Elementos fundamentales de la economía política. Grundrisse (1857-1858)* (1987), México D. F., Siglo XXI, tomo I, pp. 447/8.

posibilitan la autocontención de la violencia).² Por eso los historiadores cierran esa etapa con lo que han llamado el Renacimiento —lo que supone una especie de paradoja para una concepción lineal simple, ya que es la vuelta a una situación anterior, aunque desarrollada posteriormente, y en sentido progresivo—. Algo similar aconteció con la expulsión de judíos y musulmanes de la península ibérica; aunque de menor alcance territorial, supuso un retroceso enorme para España, en el sentido ya señalado.³

Estos razonamientos *ex post* son de más difícil aceptación cuando se empequeñece la perspectiva histórica, en la que cien años no representa demasiado tiempo. Es complicado acordar los parámetros sobre los que se establece lo progresivo o regresivo de un proceso.⁴ Incluso, antes aun, no debemos olvidar que las propias ciencias sociales, marco desde el cual se elaboran tales perspectivas y los argumentos en que se sostienen, también están incluidas en el proceso general de desarrollo o involución a que hacemos referencia. Hace unas cuatro décadas irrumpió una fuerza intelectual nihilista o cuasi nihilista: el posmodernismo, que negaba la posibilidad de conocimientos abarcadores, universales y críticos. Esta corriente impugna la pretensión de continuidad histórica —desde la que se puede hablar de evolución o involución—, o sólo la admite en términos de calendario. Su sola existencia es una buena muestra de retroceso intelectual.

2 “(...) característica de este avance de la civilización, son las autoacciones fortalecidas que impiden a todos los impulsos espontáneos expresarse de modo directo en acciones, sin la interposición de aparatos de control; y lo aislado son los impulsos pasionales y afectivos de los hombres, contenidos, refrenados y sin posibilidad de acceso a los aparatos motores.” Elias, Norbert (1989); *El proceso de la civilización*, México D.F., Fondo de Cultura Económica, p. 42.

3 Incluso en aspectos más sutiles pueden verificarse desaprendizajes. En las postrimerías del siglo pasado comenzó a reemplazarse en determinados círculos los pronombres genéricos por los de género (ellos y ellas, nosotros y nosotras, etc.), como una manera de “igualación” de géneros. Sin embargo, una de las precursoras del feminismo en nuestro país, Julieta Lanteri, argumentaba su derecho a ser elegida en el uso del genérico (v. gr. “todos los ciudadanos” no indica a los hombres, sino a la totalidad de la ciudadanía). Como se puede observar, su feminismo apuntaba a la universalidad y no al particularismo; se acentuaba en la igualación y no en la singularidad. (Bellota, Araceli (2012); *Julieta Lanteri. La pasión de una mujer*. Buenos Aires, Ediciones B, pp. 95/6.)

4 Hasta la teoría de la civilización de Elias, que hemos tomado como referencia, es cuestionada por “demasiado general e insuficiente”. Cf. Muchembled, Robert (2010); *Una historia de la violencia*, Madrid, Paidós, p. 38.





El problema al que nos enfrentamos es entender cómo una sociedad puede involucionar, desaprender, embrutecerse, empobrecerse. La ciencia se ha preocupado, desde distintas disciplinas, en cómo se conoce; pero casi nada hay observado sobre cómo se des-conoce, asumiendo que el desconocimiento es un estado natural y no un estado social, en una suerte de prolongación subrepticia de la “tabula rasa”. Complementariamente, hay una idea implícita de que lo aprendido (individual o socialmente) pasa a conformar parte del inventario del individuo o grupo considerado. Pero no parece ser así. Y tampoco pareciera ser que se olvida, que se pierde cierta memoria colectiva, sino que se pierden destrezas, que se crean inhabilidades, que se revierten los procesos de emancipación, que se vuelve a condiciones que habían sido superadas. Es decir, no hay “desapariciones” o pérdidas. En todo caso, este es el resultado. Se trata de un proceso de des-aprendizaje, de destrucción de ciertos circuitos y redes y su reemplazo por otros.⁵ Este programa nunca fue desarrollado consistentemente por las ciencias sociales, más allá de alguna inspiración más o menos aislada y de la existencia de teoría para abordar esta indagación. Tanto Piaget como Vigotsky aportaron sólidos elementos para una investigación de esta naturaleza al comprobar el trascendente papel que juega la operación conjunta, es decir la cooperación, en el aprendizaje. Pero la cooperación no siempre tiene el mismo signo. Marx mostró que la cooperación en un momento de escaso desarrollo de la lucha de clases es el sustento del plusvalor relativo o propiamente capitalista, mientras que Lenin abogaba por la cooperación política en un momento de gran desarrollo de la lucha de clases, con un sentido emancipador.⁶ Allí se encuentran los fundamentos, falta escrutar empíricamente los des-aprendizajes, que también pueden ser considerados aprendizajes de servilismo. Estar a un siglo de la revolución bolchevique es un buen estímulo para comenzar a indagar sobre estos procesos.

⁵ De manera análoga a la desaparición de datos en un disco: se trata de un proceso de borrado, de reescritura miles de veces para que se tornen irre recuperables los datos originales.

⁶ Estas cuestiones las desarrollé en el libro (2016) *Lucha de clases. Una perspectiva teórica-epistemológica*. Buenos Aires, Imago Mundi.

¿Estamos un siglo *antes* de la revolución? Esto parece optimista en dos sentidos: por una parte, porque se puede asumir de que dentro de cien años *habrá* una revolución social, lo cual es imposible de predecir, pero también en el sentido de que hemos retrocedido sólo una centuria. Y la verdad es que todo pareciera indicar que estamos por *detrás* de 1817. En 1817, aunque se había frenado la ola napoleónica en Europa, en América Latina se vivía una expansión de la revolución francesa. En la propia Francia se estaban gestando las condiciones que llevarían a la revolución de 1830. Pero, lo fundamental es que en las distintas regiones del globo, al menos en lo que se conoce como Occidente, se sabía que la revolución era posible. Esto fue indubitable después de 1789. Incluso se podía sospechar después de 1776, cuando las colonias británicas de América declararon su independencia y adoptaron un modelo liberal de organización, aunque fue una revolución más política que social. De cualquier modo, hoy pareciéramos estar, subjetivamente, en una situación similar a la anterior a la Revolución Francesa; esto es, más de un siglo para atrás.

Como en 1788, la idea la posibilidad de un cambio social sólo habita en pequeños grupos ilustrados. Aunque resulte ingrato reconocerlo, para las masas se ha perdido el horizonte del socialismo como una meta posible, y aún deseable.⁷ Los mayores esfuerzos, actualmente, se concentran en epifenómenos del capitalismo, fundamentalmente la cuestión ambiental, de la mujer y, en menor medida, los derechos de las “minorías” y los animales. Se trata, por supuesto, de problemas reales, pero que inútilmente se intenta solucionar en el marco de una desigualdad estructural y fundante, como la instalada en una sociedad capitalista. Estas cuestiones operan como obstáculos epistemológicos para pensar la posibilidad del socialismo y la estrategia revolucionaria. Pensar que esas luchas son acumulativas en pos de tales objetivos es la forma de manifestarse, justamente, dicho obstáculo: la postergación *sine die* de la cuestión de fondo. Dejamos de ver el bosque para observar cada uno de los árboles.

⁷ Hace casi una década, en 2008, planteamos esta cuestión junto a Pablo Bonavena en el artículo “Aportes para pensar una estrategia revolucionaria en América Latina”, publicado en *Razón y revolución* N° 18, suscitando un debate que se prolongó en *El Aromo* N° 49 y *Razón y revolución* N° 19, ambos del año 2009, sostenida con el grupo “Razón y revolución”.





La vacuna antirrevolucionaria: la “democracia”

Pocos términos han logrado el grado de santificación como el de “democracia”, entendiéndolo por tal a la forma burguesa de la misma, en la que el *demos* no gobierna. La ilusión democrática consiste en imaginar que delegamos el poder popular en el gobierno, cuando la realidad indica que las clases dominantes expropiaron de todo poder a las masas tanto por la explotación económica como por la apropiación política de las decisiones sobre la forma de vida de las mayorías. De manera independiente a las ideas que tengan, es evidente que sólo personas con un gran patrimonio pueden acceder a los puestos políticos de envergadura. Y esto ocurre en todos los países en que se ha institucionalizado la democracia burguesa. En tanto las masas sigan atrapadas en la ilusión democrática, el horizonte de cambio revolucionario se mantendrá lejano.

La eficacia de la ilusión democrática se puede verificar, entre otras cuestiones, en la extensión de los mecanismos de control social hasta puntos insospechados hace poco tiempo atrás: amplio despliegue territorial de fuerzas policiales y de seguridad, amén de cuerpos privados; cámaras fijas, drones, multiplicidad y generalización de dispositivos biométricos, progresivo reemplazo del dinero físico por el electrónico, que permite trazar su huella, redes sociales virtuales que actúan como formas de autovigilancia. Pero este entramado de dispositivos de control no se hace contra la voluntad de las personas, sino sobre su indiferencia o su demanda. No es por mero azar que casi no generó resistencia la sanción de cuatro leyes antiterroristas entre 2005 y 2011 en nuestro país.⁸ De manera más profunda, la implantación de lo “políticamente correcto” opera como sutil autocensura y, si esta fracasa, como reprobación abierta sobre el desviado. ¡Cuán lejos hemos quedado de la sinonimia entre democracia y terrorismo!⁹

8 Leyes 26.023 y 26.024 de 2005, 26.268 de 2007 y 26734 de 2011.

9 Cf. sobre esta cuestión el inestimable estudio de Arthur Rosenberg; *Democracia y socialismo*, o el trabajo histórico de David Andress; *El terror*.

La actualmente llamada “baja calidad institucional”, sobre la cual abundan ejemplos en nuestro país, es indicativo de que el capital tiene conflictos irresolubles con su histórico aparato jurídico-político de dominación legítima: el Estado-nación. Pensar en la “corrupción” como un problema en sí mismo es dejar de lado el sustrato del asunto, que es el desajuste entre las necesidades de valorización del capital y los Estados-nacionales que para la forma dominante del capital, el financiero, ya resulta vetusto. Tenemos, entonces, que por una parte la democracia burguesa ilusiona a las masas, pero por otra parte, ese territorio de acción es mínimo, pues gran parte del poder mundial circula por carriles alejados de la incumbencia incluso de los gobiernos. Los llamados “paraísos fiscales”, que son hoy el corazón del capitalismo financiero, existen como una realidad paralela a los Estados; no en vano se lo conoce como “sistema extraterritorial”.¹⁰

La lejana revolución bolchevique

La revolución de octubre no solo es lejana en los términos que recién plantamos, sino también en términos estructurales. Pocos años después de la misma Antonio Gramsci ya advirtió la distancia entre “oriente” y “occidente”, como signaba en código a las condiciones de Rusia y las de los Estados europeos occidentales. La insurrección en San Petersburgo y Moscú bastó para derrocar al débil gobierno encabezado por Kerenski. Pero nada de ello es posible en Estados más consolidados. Pese a que tal diagnóstico es de hace casi 100 años, todavía hay quienes apelan a la insurrección como táctica revolucionaria.

10 Quien quiera interiorizarse sobre el funcionamiento de los mismos, puede ver la extensa investigación de Shaxson, Nicholas; *Las islas del tesoro. Los paraísos fiscales y los hombres que se robaron el mundo*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2014. También es instructivo el texto de Hervé Falciani y Angelo Mincuzzi; *La caja fuerte de los evasores*.





De la revolución de octubre se pueden extraer pocas pero valiosas conclusiones. La primera es que no la hizo el pueblo ruso, ni siquiera el proletariado urbano, sino la minoría bolchevique apoyada en la movilización del proletariado industrial de dos ciudades importantes. No es posible una revolución sin una vanguardia (término que justamente es tabú en la actualidad). La segunda es que toda revolución implica un alto grado de violencia, que en definitiva es lo que le permite triunfar o ser derrotada. Lenin advertía que “la revolución es una guerra”,¹¹ una guerra civil, razón por la que era necesario dominar la teoría y el arte militar. Tal vez no haya en este momento nada más lejano que la posibilidad de pensar y preparar seriamente un grupo militar. Sintomáticamente, quienes realizan estos preparativos y los ponen en práctica son, en líneas generales, grupos que no tienen el menor interés en el socialismo.

Con el transcurso del tiempo y la influencia de cierta literatura épica se ha ido degradando la imagen real de lo que fue la acción revolucionaria, y se ha creado el mito de las masas como sujeto revolucionario, compuestas por abnegados obreros con alta conciencia de clase, elevada moral y espíritu de sacrificio. La verdad suele ser mucho más prosaica.¹² Las “masas” que participaron de la insurrección de octubre no eran más que veinticinco mil a treinta mil personas,¹³ y la “calidad” revolucionaria de las mismas distaba de ser el prototipo de la abnegación y la entrega.¹⁴ Afortunadamente las revoluciones no las hacen incorpóreos seres celestiales sino personas con pasiones, mezquindades, puntos flacos, y todos los defectos y virtudes que tiene cualquiera de nosotros. Las revoluciones son humanas. Es decir, no son imposibles.

11 “El plan de la batalla de Petersburgo” [1905], en *Obras Completas*, Moscú, Progreso, 1982, tomo 9, p. 217.

12 Compárense la *Historia de la revolución rusa*, de León Trotsky, con *La Revolución rusa (1891-1924)* de Orlando Figes, y tendremos las dos versiones.

13 Trotsky, León; *Historia de la revolución rusa*, tomo II, p. 441. Si consideramos que hacia 1897 Rusia tenía 126 millones de habitantes “de las que el 80 por 100 eran campesinos y el 1 por 100 nobles hereditarios” (Hobsbawm, Eric; *La era del imperio*, p. 301) nos podemos hacer una idea ajustada del peso cuantitativo de esa vanguardia.

14 Considérese el siguiente episodio: cuando los bolcheviques tomaron el control del Palacio de Invierno encontraron una enorme bodega. A partir de entonces no hubo forma de evitar los saqueos y las borracheras colectivas, incluso habiendo impuesto la ley marcial. Sólo se solucionó el problema cuando se acabaron las existencias de alcohol. Cf. Figes, Orlando; *La Revolución rusa (1891-1924)*, pp. 548/9.

Revoluciones, del siglo XIX al XXI

Los dos siglos precedentes han sido siglos de revoluciones. De manera esquemática se podría decir que el siglo XIX ha sido el de las revoluciones burguesas (aunque la arquetípica se produjo en el siglo XVIII) y el siglo XX fue el de las revoluciones socialistas (pese a que la inicial, la Comuna de París, fue en 1871). En el siglo XXI solo quedan las caricaturas de las primeras, y los fantasmas de las segundas. Sin embargo, no se puede afirmar desde la lógica que ha pasado de manera definitiva la época de las revoluciones. Y, aunque no se puede sostener que *sí* se producirán, tampoco se puede decir lo contrario. Esto es tan elemental que no merece discusión. Lo que interesa indagar es si existen en este siglo condiciones que puedan llevar a la revolución socialista.

Uno de los pocos sociólogos actuales que se ocupa de los procesos a largo plazo es Immanuel Wallerstein sostiene que “el sistema histórico en que hace tiempo vivimos, la economía-mundo capitalista, está en crisis y, por tanto, se aproxima a una bifurcación.”¹⁵ ¿A qué se refiere con la bifurcación? Es un concepto de la teoría del caos —teoría, como sabemos, que se utiliza desde la física y la biología hasta la economía— que expresa el punto a partir del cual un proceso cambia bruscamente de comportamiento, tornándose impredecible aunque sí explicable, en lo que se denomina “caos determinista”.¹⁶ El sistema se vuelve inestable (“caótico”), pero no significa que no está sujeto a leyes, que no existan regularidades, sino que la acción de estas ha entrado en un terreno de imprevisibilidad. Una revolución es eso, justamente. Pero un punto de bifurcación no es necesariamente una revolución. El cambio drástico puede ocurrir de otra manera, fortuita, pero sin direccionamiento. Una revolución apunta a un sistema social superior, basado en criterios teóricos. Un cambio no

¹⁵ Wallerstein, Immanuel; *Las incertidumbres del saber*, p. 107.

¹⁶ Una buena aproximación se puede encontrar en Pérez Izquierdo, Alberto; *La teoría del caos. Las leyes de lo impredecible*.





revolucionario, como el ocurrido en Siria, también nos muestra un proceso inesperado, un “quiebre” en la continuidad de cierta inercia histórica, pero que no es revolucionario.¹⁷

Lo ocurrido con la “primavera árabe” es un reacomodamiento geopolítico, consecuencia mediata de la situación generada a partir de la virtual desaparición de Irak. Dada la importancia de la región por sus reservas de crudo, cualquier alteración de los precarios equilibrios puede llevar a situaciones impensadas. Dado que a partir de las intervenciones externas la situación de las poblaciones es hoy mucho peor que la que era bajo los regímenes establecidos, tanto el Irak como en Siria o en Libia, se generó un flujo migratorio de enormes proporciones hacia Europa, algunos de cuyos efectos colaterales son el crecimiento de las posiciones de extrema derecha, la expansión de acciones terroristas y la disputa entre países por la presión fiscal que generan los refugiados. Esto es el caos determinista: los procesos se desarrollan en direcciones por completo independientes de las que quisieron darles quienes los impulsaron.

La situación del siglo XXI

La evolución humana está en un punto crítico. Hay serias amenazas a la habitabilidad del planeta en un plazo relativamente breve. El cambio climático, sea natural, producido por la actividad humana o una conjunción de ambas cosas, es sólo uno de los factores. Nuestra especie se ha propagado de una manera inusitada (ver Cuadro I).

¹⁷ Siria era un país con un nivel de vida promedio elevado respecto de la región, con un Estado laico, y con grandes libertades culturales (aunque no políticas). En el marco de la llamada “primavera árabe”, movimiento instigado por servicios de inteligencia occidentales. Eso fue así en general; en el caso concreto de Siria actuaron servicios de inteligencia turca, árabe saudí y qatari, y los países occidentales actuaron más abiertamente.

Cuadro I: Población mundial y tasas de crecimiento

Años antes del presente	Población mundial estimada	Tasa de crecimiento por siglo (%)	Tiempo de duplicación implícito (años)
100.000	10.000	—	—
30.000	500.000	0,56	12.403
10.000	6.000.000	1,25	5.580
5.000	50.000.000	4,33	1.635
3.000	120.000.000	4,47	1.583
2.000	250.000.000	7,62	944
1.000	250.000.000	0,00	
800	400.000.000	26,49	295
600	375.000.000	-3,18	
400	578.000.000	24,15	320
300	680.000.000	17,65	427
200	954.000.000	40,29	205
100	1.634.000.000	71,28	129
50	2.530.000.000	139,74	79
0	6.000.000.000	462,42	40

Fuente: Christian, David; *Mapas del tiempo*, p. 181. ¹⁸

Esta expansión geométrica —que fuera la base del equivocado cálculo de Malthus—, ¹⁹ ha sido posible debido a la creciente urbanización de la misma: las ciudades operan como “agujeros negros”, atrayendo todos los flujos que la circundan (población, alimentos, energía y recursos de todo tipo); lo que ha suscitado que, en el año 2008, el fiel de la balanza entre población rural y urbana cambiara de signo. Por primera vez en la historia la población humana es mayoritariamente urbana (ver Cuadro II).

¹⁸ El dato es de fines del siglo pasado. Para abril de 2017 la población mundial se estima en 7.513 millones.

¹⁹ Sostenía que “la población, si no se pone obstáculos a su crecimiento, aumenta en progresión geométrica en tanto que los alimentos necesarios al hombre lo hacen en progresión aritmética.” Malthus, Robert; *Primer ensayo sobre la población*, p. 36.





Cuadro II: Evolución de la proporción de población urbana

Año	Población urbana (%)
1960	33,558
1965	35,528
1970	36,529
1975	37,653
1980	39,28
1985	41,134
1990	42,927
1995	44,704
2000	46,536
2005	48,987
2007	49,986
2008	50,491
2010	51,485
2015	53,857

Fuente: elaboración propia en base a datos del Banco Mundial. ²⁰

Esta situación repercute en la reproducción del sistema de relaciones sociales capitalistas. Marx, en el capítulo XXIII del primer tomo de *El capital*, analiza que una de las fuentes de fuerza de trabajo es el flujo de población rural que se urbaniza, lo que llama “sobrepoblación latente”, ²¹ siendo la sobrepoblación en su conjunto la que opera como una fuerza que tiende a bajar el salario, lo que influye de manera directa en la ganancia capitalista. Si esta fuente comienza a agotarse, dicha fuerza tenderá a mermar, y los salarios, a subir, amenazando dicha ganancia. En tal sentido, el sistema se enfrenta a un atolladero. Pero no es el único.

²⁰ Banco Mundial, “Población urbana (% del total)”, disponible en su página web: <http://datos.bancomundial.org/indicador/SP.URB.TOTL.IN.ZS>

²¹ Marx, Karl; *El capital*, tomo I, pp. 800/1.

El repositorio de la naturaleza inanimada es finito. El agua dulce, de la que solo una parte es potable para el consumo humano, representa un 3% del total de agua del planeta. Pero el agua apta para el consumo está, en parte, en acuíferos subterráneos, o en forma de humedad del suelo, por lo que únicamente queda disponible el 0,01% del total del agua del planeta.²² Para una población que crece con el ritmo mencionado, la escasez de agua rápidamente se hace notar.²³ La desalinización del agua, para poder potabilizar el agua de mar, es técnicamente posible, pero económicamente inviable en términos capitalistas, es decir, no resulta rentable. Una necesidad básica e insustituible se contrapone con la lógica capitalista.

Fuera de esta necesidad inmanente a la vida, no solo humana, hay otras cuya satisfacción también está comprometida: los minerales son finitos, algunos más escasos que otros. El antimonio, usado para aleaciones metálicas, semiconductores y para muchas otras aplicaciones industriales, es uno de los que encabeza la tabla de riesgo en cuanto a su disponibilidad, de acuerdo con una lista elaborada por la British Geological Survey. Es de una lógica elemental advertir que esta escasez hará colapsar en determinado momento algunos procesos industriales. Por otra parte, las maderas duras se consumen a un ritmo muy superior a su restitución. Árboles de 80 o 100 años llevan exactamente ese tiempo en reproducirse. Y si se encontrara una forma de acortar esos plazos mediante ingeniería genética, debería asimismo pasar por el filtro de la rentabilidad.

Hacia el año 2008, en que la población urbana sobrepasó por primera vez a la rural, como se expuso, el planeta necesitaba un año y medio para regenerar lo consumido en un año. Se estima que, a este nivel de consumo, para el año 2030 se necesitarán dos planetas, y para el 2050 casi tres.²⁴ Pero esto es así no por la cantidad de población humana, sino por la forma en que esta población se relaciona con el planeta, por su relación capitalista con el

²² Klare, Michael; *Guerras por los recursos*, p. 183.

²³ Tanto en las cuencas del Nilo, como en las del Tigris-Éufrates, Jordán y el Indo, ya se han producido conflictos intensos (Cf. Klare, Michael; *op. cit.*, caps. 6 y 7); en otras, como la del acuífero guaraní, el conflicto es latente.

²⁴ Tomado de "Do we fit on the planet?", disponible en <http://www.save-our-planet.net/do-we-fit-on-the-planet.php>





mismo. Cuando la lógica de reproducción social está fundada en la tasa de ganancia, ningún otro criterio puede compatibilizarse con el mismo, que es excluyente.²⁵ De allí que el sintagma “desarrollo sustentable”, entendiendo por el primer término “desarrollo capitalista”, es un oxímoron. Como afirma Borón, arribamos a “una conclusión inexorable: quién no esté dispuesto a hablar de revolución debe callar a la hora de hablar del medio ambiente.”²⁶

El socialismo como horizonte

Uno de los “defectos” achacados a los socialismos reales, en particular a la Unión Soviética y los países que estaban bajo su égida política era la baja productividad del trabajo y su escaso índice de innovación. En efecto, los trabajadores soviéticos producían menos que los occidentales por unidad de tiempo. Y, por otra parte, los desarrollos tecnológicos estaban fuertemente asociados a sus necesidades en la competencia que le imponía el mundo occidental, por lo que es lícito pensar que, sin dicho estímulo, tales desarrollos no hubieran surgido o, al menos, no en el ritmo en que lo hicieron.

Ambas características fueron parte de las críticas que se realizaban al socialismo real, asentadas en mediciones y no en opiniones, lo cual brindaba un manto de objetividad incuestionable. Sin embargo, no se advertía que en tal detracción lo que se hacía, tal vez de manera irreflexiva, era evaluar al socialismo con parámetros que son extrínsecos al sistema. No hay ninguna lógica —por fuera de la del capital— que imponga la necesidad de innovaciones tecnológicas o de alta productividad de la fuerza de trabajo. Es bien sabido que la obsolescencia tecnológica es impuesta desde las propias industrias, y no por la incapacidad de cumplir funciones de muchos de tales productos, sino por la necesidad de seguir vendiendo productos a una proporción estable o menguante de la población.²⁷

25 Recordemos que ya Marx había observado en diversos pasajes de su obra que la “producción capitalista, [...] en esencia es producción de plusvalor [...]”. Marx, Karl; *El capital*, Libro I, p. 320. Afirma lo mismo en la p. 616, en el tomo III, p. 1117, entre otras menciones.

26 Borón, Atilio; *América Latina en la geopolítica del imperialismo*, p. 104.

27 Esto es especialmente visible en la tecnología del software o en el diseño automotriz.

En el socialismo, ha quedado demostrado, el consumo es un medio y no un fin; por dicha razón la producción de bienes tiende a sostener lo que podríamos llamar, en términos generales, “elevación espiritual”. En su conjunto, pero especialmente en la Unión Soviética, los socialismos se destacaron por favorecer el arte, la ciencia y el deporte. La carencia de estimulación económica tiende a aplacar la productividad en el trabajo, lo que implica la desaceleración en la utilización de recursos.

Expresado en pocas palabras: los “defectos” que se endilgaron al socialismo real son la solución —ya probada, no de manera especulativa— a los peores problemas que enfrenta el mundo. Pero esto no significa que necesariamente se tome tal rumbo. Bien puede suceder que un grupo humano persiste obstinadamente en socavar sus condiciones de existencia. Existen varios antecedentes históricos de ello.²⁸

El problema de problematizar

Que todo lo dicho sea cierto es algo que tiene escaso valor para la acción, si es que tiene alguno. No es necesario remontarse a Weber para advertir que las expectativas que orientan la acción social no siempre son racionales. Aun cuando se admitan dichas proposiciones, tenemos tres cuestiones que tornan tales enunciados en inoperantes.²⁹ La primera es la “disonancia cognitiva” que surge cuando no hay correspondencia entre las expectativas y la constatación de las mismas, es decir, cuando la realidad empírica no está de acuerdo con lo que pensamos acerca de una cuestión. Eso puede llevar a una reevaluación de nuestras creencias o, lo que ocurre con más frecuencia, a reinterpretar los hechos de acuerdo a nuestro sistema cognitivo.³⁰ Típicamente es el discurso del desarrollo sustentable.

28 Es sumamente interesante la presentación de estos casos en Diamod, Jared; *Colapso*.

29 Estas ideas las tomo de Welzer, Harald; *Guerras climáticas*, aunque allí no estén expuestas del mismo modo.

30 Por ejemplo, si Dios me castiga aun habiendo sido yo piadoso, eso no demuestra la inexistencia de Dios sino que es una prueba de fe a la que me somete.





La cuestión intergeneracional: “se responsabiliza a una persona que [...] tiene 40 años de un problema cuya causa se ubica cronológicamente *antes* de su nacimiento y cuya solución se localiza *después* de su muerte”,³¹ con lo que los parámetros para la acción rebasan la experiencia vital y la antropometría con que nos orientamos. Del mismo modo es relativamente sencillo eludir toda responsabilidad individual y colectiva cuando la afectación se ubica en un futuro por fuera de la expectativa de vida propia.³²

El “nosotros” diluido. Es muy sabido que cuando *todos* somos responsables, *nadie* lo es. El colectivo es una abstracción,³³ incluso con un agravante: puede funcionar como mecanismo de evasión de la responsabilidad global en tanto cada uno sólo es responsable de una acción particular. Esto, planteado oportunamente por Hannah Arendt,³⁴ fue abordado en un estudio singularmente rico por Stanley Milgram,³⁵ en el que muestra detalladamente como, en determinadas circunstancias —nada excepcionales, por cierto— se disocian los preceptos morales de la acción específica.

No existiendo el sujeto, el problema se torna metafísico. Pero la dirección hacia la destrucción de las condiciones de habitabilidad del planeta no es algo especulativo. Los efectos ya comienzan a evidenciarse. Falta identificar (o construir) el “nosotros”. Pero este es solo un aspecto del problema al que nos enfrentamos en el siglo XXI. El otro, es el del Estado.

31 Welzer, Harald; *op. cit.*, p. 36.

32 Se atribuye a Keynes la frase de que “en el largo plazo todos estamos muertos” y, por tanto, exentos de problemas.

33 “Entre el presidente de la junta directiva de una multinacional energética en busca de nuevas fuentes de materias primas y una campesina china no existe un «nosotros» que pueda concretarse socialmente; ambos viven en mundos completamente disímiles, con exigencias distintas y, sobre todo: con racionalidades diferentes.” Welzer, Harald; *op. cit.*, p. 55.

34 Esta idea es bastante nítida en Arendt, Hannah; *Eichmann en Jerusalén*.

35 Milgram, Stanley; *Obediencia a la autoridad*.

El Estado capitalista y la cuestión del espacio

Como recordaba Max Weber, “sociológicamente el Estado moderno sólo puede definirse en última instancia a partir de un *medio* específico que, lo mismo que a toda asociación política, le es propio, a saber: el de la coacción física. «Todo Estado se basa en la fuerza», dijo en su día Trotsky en Brest-Litowsk. Y esto es efectivamente así.”³⁶ Dicha fuerza se aplica legítimamente en un determinado territorio, entendiéndose implícitamente que el sistema interestatal ocupa todos los territorios, es decir, que no quedan espacios habitados que estén por fuera del sistema estatal.³⁷ Esta completitud del sistema interestatal se plasma en el concepto de soberanía, que delimita la potestad de cada Estado.

Pero este sistema se construyó sobre un tipo de espacio. Originalmente, hasta los albores del siglo XX, se trataba de un espacio plano, bidimensional: abarcaba tanto la superficie terrestre como, eventualmente, la marítima. Desde las primeras décadas del siglo pasado, crecientemente, se reconvirtió en un espacio tridimensional, al agregársele el espacio aéreo y, eventualmente, el subacuático.³⁸ Aun así, la lógica y la eficacia del Estado territorial se mantenían. La tridimensionalidad no produjo alteraciones sustanciales al funcionamiento del sistema interestatal. Es más, el mismo se expandió por las regiones de África y Asia en que aún no estaba asentado.

En la medida en que casi toda la superficie del globo quedaba cubierta por este sistema, con la excepción del continente antártico, iban surgiendo de manera relativamente silenciosa, o al menos sin concitar demasiada atención, una serie de puntos extraños al sistema interestatal, llamados “extraterritoriales”. Esos puntos conforman una red que organiza los flujos financieros por fuera del sistema estatal-nacional. Se estima que más de la

³⁶ Weber, Max; *Economía y sociedad*, p. 1056.

³⁷ “(...) el Estado es aquella comunidad humana que en el interior de un determinado territorio —el concepto del «territorio» es esencial a la definición— reclama para sí (con éxito) el monopolio de la coacción física legítima.” *Idem*.

³⁸ “Ambos, la tierra firme y el mar libre, son modificados hoy de la manera más profunda, cada uno por su parte y ambos en su relación recíproca, por un nuevo fenómeno del espacio: la posibilidad de un *dominio en el espacio aéreo*. No sólo se modifican las dimensiones de la soberanía territorial, por tanto, también la relación en protección y obediencia, y no sólo la eficacia y la rapidez de los medios humanos de poder, tráfico y comunicación, sino también el contenido de la *efectividad*.” Schmitt, Carl; *El nomos de la tierra*, pp. 28/9.





mitad del comercio mundial pasa por paraísos fiscales; el Fondo Monetario Internacional calculó que al menos el equivalente a un tercio del PBI mundial circula por el sistema extraterritorial.³⁹ Este sistema se compone tanto de pequeños Estados (como Liechtenstein, Andorra, etc.) como de “zonas francas”⁴⁰ y de “pabellones de convivencia”.⁴¹ Estas zonas francas están *dentro* de los Estados, como Delaware, Wyoming o Nevada, en Estados Unidos, o la City londinense, con un estatuto particular. Este circuito se complementa con una nueva dimensión espacial, que es la virtual, por la que circula el dinero en su forma electrónica, que es la predominante en la actualidad.

Estas redes constituyen un reticulado cuya espacialidad ya no es ni bi ni tridimensional, sino que es un espacio con otras dimensiones, que bien podría denominarse como un espacio de dimensión fractal, una idea extraña al común de los mortales, pero que fue introducida por el matemático Benoît Mandelbrot a fines del siglo pasado, y que expresa un espacio cuyas dimensiones no son números enteros (1, 2, 3) sino intermedios entre ellos.⁴² Esta cuestión, que a primera vista puede parecer desconcertante, es una aproximación a la forma en que se ha desarrollado la sociedad humana bajo el capitalismo. A cualquiera resulta difícil tratar de imaginar un espacio diferente al de las dimensiones 0 (punto), 1 (línea), 2 (plano) o 3 (espacio cúbico); pero la realidad nos impone una forma distinta: el ciberespacio es una dimensión cuya supresión desacredita cualquier explicación de fenómenos sociales agregados y complejos. La circulación del capital hoy es inescindible de esta dimensión espacial. Hasta las Fuerzas Armadas de casi todo el mundo están desarrollando una cuarta rama (además de la terrestre, la marina y la aérea) que es la electrónica, para intervenir en esta dimensión. ¿Cómo suprimirla, entonces, en un plan revolucionario?

39 Shaxson, Nicholas; *Las islas del tesoro*, pp. 31/2.

40 Un pormenorizado estudio de caso puede verse en Falero, Alfredo; *Los enclaves informacionales en la periferia capitalista: el caso de Zonamérica en Uruguay*.

41 Se trata de “Estados que ofrecen la posibilidad de matricular buques que son propiedad de empresas de otros países, con unos costes fiscales y unos controles en materia de derechos laborales, seguridad del buque o ambiental, muy inferiores.” Méndez Gutiérrez del Valle, Ricardo; *El nuevo mapa geopolítico del mundo*, p. 163.

42 El triángulo de Sierpinski tiene una dimensión de 1,5849; el atractor de Hénon, una de 1,26, etc.

El poder del capitalista ya no está en su bolsillo ⁴³ sino en los *bits* almacenados en la “nube” (*cloud*) cuyo alojamiento virtual es inaccesible para un extraño (se albergan en la llamada *deep web*, donde se encuentran aproximadamente el 90% de todos los contenidos, o en la *dark web*, ambas fuera del alcance del usuario común; y cuyo anclaje material son impulsos electromagnéticos (por ahora) circulando en satélites y servidores de localización desconocida. Ante este panorama, suponer que la democracia de base, las asambleas, son el fundamento de una revolución suena sumamente desajustado respecto de la realidad. Y en este punto surge nuevamente la potente idea del partido vanguardista, de cuadros.



El papel de las ciencias, en especial las sociales

Esto último nos hace ver con claridad que es necesario el dominio de las ciencias para poder pensar, simplemente, en un cambio social direccionado — finalmente, una revolución es eso—. Tampoco esta es una novedad. Lenin, en 1908, dedicó largos meses a estudiar y debatir con el filósofo Heinrich Averanius y el físico Ernst Mach (en cuyo homenaje se bautizó la unidad de velocidad del sonido). Producto de sus lecturas y reflexiones vio la luz *Materialismo y empiriocriticismo*, una obra monumental de diálogo entre ciencias sociales y naturales. ⁴⁴ No era una veleidad del intelectual revolucionario exiliado entonces en Suiza, sino la necesidad que veía de atacar las implicancias reaccionarias de determinadas teorías, aun cuando estas fueran de un campo aparentemente ajeno, como el de la física. ⁴⁵

43 “[...] el poder que cada individuo ejerce sobre la actividad de los otros o sobre las riquezas sociales, lo posee en cuanto es propietario de *valores de cambio*, de *dinero*. Su poder social, así como su nexa con la sociedad, lo lleva consigo en el bolsillo.” Marx, Karl; *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse) 1857-1858*, tomo I, p. 84.

44 Ese diálogo, siempre difícil, ha sido retomado también desde las ciencias naturales por eminentes figuras como Jacques Monod, Henri Laborit, Ilya Prigogine, entre otros.

45 “En los círculos intelectuales rusos el impacto de la revolución en la física y en la filosofía era ya tan importante en 1908, que Lenin considero necesario escribir un extenso libro (*Materialismo y empiriocriticismo*) contra Ernst Mach, que, desde su punto de vista, ejercía un impacto político de peso y nefasto sobre los bolcheviques. Cualquiera que sea nuestra opinión acerca de las concepciones científicas de Lenin, es indudable que su evaluación de las realidades políticas era extraordinariamente realista.” Hobsbawm, *La era del imperio*, p. 269.



Hoy estamos también a un siglo de esa capacidad. Dejando de lado las posiciones afines o funcionales a la ideología y los intereses burgueses, aun cuando subjetivamente no se identifiquen con tal posición, aquellos que detestamos el capitalismo, sobre todo si tenemos por oficio las ciencias sociales, nos desentendemos por completo de los desarrollos en otros campos de las ciencias. A lo sumo se consideran sus efectos más evidentes e inmediatos, pero carecemos de un conocimiento relativamente certero del curso de otras disciplinas. Excepciones como Allan Woods y Ted Grant han criticado las difundidas teorías del “big bang” por ideológicamente creacionistas, contraponiéndolas, además, a teorías alternativas.⁴⁶ Pero sólo constituyen singularidades. No hay un programa de revisión y crítica ni siquiera de versiones completamente reaccionarias de la genética (cuyo programa no difiere en gran medida del de algunos positivistas decimonónicos como Lombroso o Ferri), ante la que nos postramos mansamente como ante una evidencia indubitable.

El desarrollo científico tecnológico de hoy difícilmente pueda sostenerse en el inestable equilibrio actual, es decir, que prosiga sustentado en las actuales estructuras sociales, ya que por sí mismo ha comenzado a socavarlas. Lo cual hace que lo más probable sea que nos enfrentemos a una de dos posibilidades: una es la utopía prevista por Marx, según la cual en

la medida [...] en que la gran industria se desarrolla, la creación de la riqueza efectiva se vuelve menos dependiente del tiempo de trabajo y del cuanto de trabajo empleados, que del poder de los agentes puestos en movimiento durante el tiempo de trabajo, poder que a su vez —su powerful effectiveness— no guarda relación alguna con el tiempo de trabajo inmediato que cuesta su producción, sino que depende más bien del estado general de la ciencia y del progreso de la tecnología, o de la aplicación de esta ciencia a la producción. (El desarrollo de esta ciencia, esencialmente de la ciencia natural y con ella de todas las demás, está a su vez en relación con el desarrollo de la producción material.)⁴⁷

46 Woods, Alan y Grant, Ted; *Razón y revolución. Filosofía marxista y ciencia moderna*.

47 Marx, Karl; *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse) 1857-1858*, tomo II, pp. 227/8.

En esas condiciones de desarrollo, en que el aporte del trabajo humano tiende a ser ínfimo, perdería eficacia la ley de valor, sustentada, en última instancia, en el trabajo socialmente necesario. No se trataría de que las máquinas crearan valor, sino que el valor tendería a desaparecer. Entonces el

*robo de tiempo de trabajo ajeno, sobre el cual se funda la riqueza actual, aparece como una base miserable comparado con este fundamento, recién desarrollado, creado por la gran industria misma. Tan pronto como el trabajo en su forma inmediata ha cesado de ser la gran fuente de riqueza, el tiempo de trabajo deja, y tiene que dejar, de ser su medida y por tanto el valor de cambio [[deja de ser la medida]] del valor de uso. El *plustrabajo de la masa* ha dejado de ser condición para el desarrollo de la riqueza social, así como el *no-trabajo de unos pocos* ha cesado de serlo para el desarrollo de los poderes generales del intelecto humano. Con ello se desploma la producción fundada en el valor de cambio, y al proceso de producción material inmediato se le quita la forma de la necesidad apremiante y el antagonismo.”*⁴⁸

La otra ronda el abanico que abarca desde las pesadillas orwellianas hasta la destrucción de las condiciones de habitabilidad del planeta, no buscada pero sí alcanzada por la producción de una serie de eventos incontrolables.

Nos encontramos frente a la aparente paradoja de que estando más cerca que nunca en la historia de la emancipación humana, estamos casi impedidos de alcanzarla. Lo que la torna inaccesible es la inexistencia del instrumento político, el partido. Aquello que los bolcheviques supieron edificar, que Lenin pudo liderar, y que hoy estamos, aparentemente, a cien años o más de poder alcanzar.

48 Marx, Karl; *Ídem*, pp. 228/9.





Bibliografía

- Andress, D. (2011). *El terror. Los años de la guillotina*. Barcelona, Edhasa.
- Arendt, H. (2008). *Eichmann en Jerusalén*. Barcelona, De Bolsillo.
- Bellota, A. (2012). *Julieta Lanteri. La pasión de una mujer*. Buenos Aires, Ediciones B.
- Bonavena, P. y Nievas, F. (2008). “Aportes para pensar una estrategia revolucionaria en América Latina”, publicado en *Razón y revolución* N° 18.
- Borón, A. (2012). *América Latina en la geopolítica del imperialismo*. Buenos Aires, Luxemburg.
- Diamod, J. (2006). *Colapso*. Barcelona, Debate.
- Falciani, Hervé y Mincuzzi, A.o (2015). *La caja fuerte de los evasores*. Madrid, La Esfera de los Libros.
- Falero, A. (2011). *Los enclaves informacionales en la periferia capitalista: el caso de Zonamérica en Uruguay. Un enfoque desde la Sociología*. Montevideo, Unidad de Comunicación de la Universidad de la República.
- Figes, O. (2000). *La Revolución rusa (1891-1924). La tragedia de un pueblo*. Barcelona, Edhasa.
- Hobsbawm, E. (2009). *La era del imperio. 1875-1914*. Buenos Aires, Crítica.
- Klare, M. (2003). *Guerras por los recursos. El futuro escenario del conflicto global*. Barcelona, Urano.
- Lenin, V. ([1905] 1982). “El plan de la batalla de Petersburgo”, en *Obras Completas*, Moscú, Progreso, tomo 9.
- Malthus, R. (1983). *Primer ensayo sobre la población*. Madrid, Sarpe.
- Marx, K. (1987). *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse). 1857-1858*. México D.F., Siglo XXI. (3 tomos)
- _____ ([1867] 1987); *El capital. Crítica de la economía política*. México D.F., Siglo XXI.

Méndez Gutiérrez del Valle, R. (2011). *El nuevo mapa geopolítico del mundo*. Valencia, Tirant Lo Blanch.

Milgram, S. (1980). *Obediencia a la autoridad. Un punto de vista experimental*. Bilbao, Desclée De Brouwer.

Muchembled, R. (2010). *Una historia de la violencia*, Madrid, Paidós.

Nievas, F. (2016). *Lucha de clases. Una perspectiva teórica-metodológica*. Buenos Aires, Imago Mundi.

Pérez Izquierdo, A. (2015). *La teoría del caos. Las leyes de lo impredecible*. Navarra, RBA.

Rosenberg, A. (1981). *Democracia y socialismo. Historia y política de los últimos ciento cincuenta años (1789-1937)*. México D.F., Pasado y Presente.

Shaxson, N. (2014). *Las islas del tesoro. Los paraísos fiscales y los hombres que se robaron el mundo*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

Schmitt, C. (2005). *El nomos de la tierra. En el Derecho de Gentes del "Ius publicum europaeum"*. Buenos Aires, Struhart & Cía.

Trotsky, L. ([1932] 1985). *Historia de la revolución rusa*. Madrid, Sarpe.

Wallerstein, I. (2005). *Las incertidumbres del saber*. Barcelona, Gedisa.

Weber, M. (1984). *Economía y sociedad*. México D.F., Fondo de Cultura Económica.

Welzer, H. (2010). *Guerras climáticas. Por qué mataremos (y nos matarán) en el siglo XXI*. Madrid, Katz.

Woods, A. y Grant, T. (2002). *Razón y revolución. Filosofía marxista y ciencia moderna*. Madrid, Fundación Federico Engels.

